



# Las tortugas

POR SONIA EHLERS S. PRESTÁN

Er

an las tres de la tarde, el pequeño Jaime paseaba despreocupadamente por la rocosa orilla del río Mayor. Acostumbraba pasar el verano por esa región del sur. Sus abuelos y tíos vivían aún en las riberas del río.

“Te hará bien para los pulmones”.

“Vas a crecer por lo menos dos pulgadas este año”, le prometía su madre.

Jaime para sus adentros estaba dispuesto a creer en lo de los pulmones, pero lo de crecer, ese era otro cuento. Llevaba varios veranos por el río y su estatura no había variado nada. A la que sí le hacía mucho bien era a la madre y a sus pulmones, ya que gritaba cada vez más fuerte y como se casó tan joven, todavía estaba creciendo en vacaciones.

En fin, estaba Jaime sumido en esos pensamientos cuando de pronto vio moverse un animal entre las hojas caídas. Al principio guardó distancia; observaba cautelosamente hasta poder identificar de qué se trataba. Finalmente, la divisó. Era una hermosa tortuga gigante; tendría por lo menos unos veinte años por las señas de su caparazón. Percibió su proximidad siguiendo disimuladamente su rumbo. Jaime

se disponía a seguirla cuando escuchó a lo lejos la voz de la madre. El llamado era insistente. Cuando su progenitora lo perdía de vista por más de media hora hacía sonar una sirena que había comprado en uno de sus viajes a Norteamérica. Decidió regresar a casa, pero no sin antes seguir a la tortuga hasta que la misma se sumergió en el río cerca de una poza. Él no conocía esta poza, ¿cómo le había pasado desapercibida durante sus excursiones por el río?

En su mente dejó grabado que al día siguiente regresaría muy temprano a investigar. Planeaba despistar a su madre para incursionar tranquilamente. Llevaría una pelota, camisa, pantalón, escoba y un sombrero.

Tenía un plan para poder regresar a la poza sin ser interrumpido.

Esa noche, el chico estaba muy callado ante los ojos curiosos de los abuelos.

“Jaime, estás muy callado”, comentó el abuelo. “¿Te preocupa algo?”

Cariñosamente contestó que no. Estaba un poco cansado por el calor del verano; se acostaría temprano. Así lo hizo. El abuelo, que adoraba a su nieto, recordó aquella mañana de verano...sumido en sus pensamientos le vinie-

ron a la mente unos recuerdos de infancia; se preguntaba a sí mismo: "será que...no, no puede ser..." y cambió su línea de pensamiento.

Amaneció muy temprano como era natural por la época; Jaime tenía todo listo. Desayunó unos huevos de patio, las yemas increíbles. En la ciudad eran pálidas y comentaban las madres que les echaban hormonas. Estos huevos sí eran de los buenos. Se los comió apresuradamente y partió muy ensombreado, según dijo, a ver las gallinas. Llevaba una cubeta en la cual metió todo. Cerca del corral cogió una escoba y se dirigió hacia la orilla del río. Ahí la colocó estratégicamente vistiéndola con el atuendo que llevaba. Colocó la pelota al pie de la escoba. A lo lejos se confundía con el paisaje, el montaje que había improvisado simulaba un niño jugando. Esto mantendría a su madre tranquila.

Corrió hacia la poza en busca de la tortuga; su sorpresa fue grande cuando debido a la transparencia del agua podía divisar no una, sino ¡cinco!, ¡seis!, ¡siete!, muchísimas grandes.

Algunas estaban sumergidas, otras asoleándose sobre las rocas; Jaime comenzó a transpirar de la emoción: ésta sumada a la corrida que había dado para llegar a la poza, le hacía palpar el corazón a mil por hora.

Decidió quitarse la sudadera dejándola descuidadamente sobre una piedra al pie del río. De pronto, una tortuga se acercó y comenzó a comérsela. Otras también se aproximaron y entre todas la devoraban rápidamente. Jaime comenzó a preocuparse; pensaba que quizá no había sido una buena idea el dejar el camuflaje para despistar a su madre. Se sintió en peligro. ¿Qué pasaría si él se acercaba un poco más y por descuido caía al río vestido? ¿Se lo comerían también a él? Se asustó tanto que se fue corriendo sin voltear hacia atrás. Recogió su equipo de despiste volviendo a casa muy agitado. Su abuelo alcanzó a verlo de lejos con curiosidad.

Pasaron varios días sin que Jaime regresara a la piscina. Aquella famosa tarde había caído con una fiebre muy alta que lo mantuvo fuera de acción por una semana. En cuanto se repuso decidió regresar. Esta vez no quiso despistar a su familia y se lanzó a la aventura abiertamente. Su curiosidad era más grande que el miedo en esta ocasión. Para su sorpresa al llegar a la poza no había ninguna tortuga. Estaba desilusionado, pero pensó que al día siguiente las volvería a ver. No sucedió así.

Jaime seguía visitando la región del río Mayor sin volver a ver las tortugas. Luego convertido en hombre y padre de familia llevaba a su hijo Tomás a visitar a su madre, quien decidió retirarse a vivir en la casa que heredó de los abuelos.

Observaba a su hijo a la distancia colocar una escoba estratégicamente con un sombrero... Podría ser lo que estaba pensando o era sólo producto de su imaginación. Dejó que se perdiera entre los árboles, siguiéndolo con cautela. Cuando se acercó a la orilla del río no podía creer lo que veía. Tantos años esperando este momento. El sueño de su vida se convirtió en realidad. Ahí estaba su pequeño rodeado de las tortugas. Las acariciaba y les conversaba. No había sido una ilusión infantil. ¡Sí, eran reales! Se acercó sigilosamente al niño, éste no les tenía miedo y había logrado transmitir su serenidad a los quelonios. La sudadera de Tomás yacía al pie de un árbol intacta.

Desde ese inolvidable verano no hemos dejado de ir al río Mayor, a ver las tortugas de nuestra infancia. Jaime se preguntaba si su abuelo las había conocido; quería pensar que sí.

---

SONIA EHLERS S. PRESTÁN. Panameña nacida en México D.F., en 1949. Libros: *Presencia de Pedro Prestán* (1999); *Concepción para cuentos* (2005); *Concepción para cuentos II* (2008). En 2010 publicará *Las tortugas y otros relatos para niños*.